

Génesis 8

Verso 21-22

**AL HOMBRE LE
CUESTA CREER**



Aunque el diluvio terminó y las aguas destruyeron la corrupción que había llenado la tierra, no se eliminó la inclinación al mal que permanecía en el corazón del hombre. Y, aun así, Dios decide reconstruir el mundo y sostenerlo. Esto nos da tranquilidad, porque nos muestra que la creación no se sostiene en lo que el hombre pueda hacer, ni siquiera en lo que hizo Noé, sino en la fidelidad y en el propósito de Dios.

Después del diluvio, Dios mismo reconoce esta realidad:

Génesis 8:21

“Y olió el SEÑOR olor de reposo; y dijo el SEÑOR en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su niñez; ni volveré más a herir toda cosa viva, como he hecho.”(JBS)

Y continúa diciendo:

Génesis 8:22

“Todavía serán todos los tiempos de la tierra; es a saber sementera, y siega, y frío y calor, verano e invierno, y día y noche, no cesarán.”(JBS)

Por eso, aunque la Escritura anuncia que la maldad aumentará en el mundo, no debemos tener miedo. Jesús mismo dijo:

Mateo 24:12

“Y por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se enfriará.”(JBS)

Jesús nos enseña que el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta el final. Será en la siega cuando llegue el momento de separar lo uno de lo otro. Esta siega apunta al momento final, cuando Dios hará la separación. Por eso no debemos vivir con temor al ver crecer las tinieblas. Nuestra mirada debe permanecer en el Señor que es quien sostiene todas las cosas y que llevará su propósito hasta el final.

Una tierra sin trato no puede dar todo su fruto. De la misma manera, un corazón que permanece sin ser tratado por Dios no puede experimentar en plenitud lo que Él quiere hacer en su vida.

El hombre, por naturaleza, puede caer en el conformismo: se acostumbra a permanecer en su zona de confort, se conforma con lo mínimo necesario, deja de buscar crecimiento y pierde la motivación para luchar por la vida en Dios. La Escritura nos muestra que, desde el principio, el corazón del hombre está inclinado al mal. Antes de comprender quién es su Creador y antes de entender su propio proceder, ya existe en él una inclinación que necesita ser tratada.

Por eso, cuando el hombre permanece en un corazón seco, se está perdiendo de vivir bajo el gobierno de la plenitud de Dios. No porque Dios haya dejado de querer darle esa plenitud, sino porque un corazón endurecido no puede recibir aquello que Dios quiere depositar en él.

Pero el Señor nos llama a algo diferente: a la renovación del entendimiento. Hay cosas que deben ser destruidas para que pueda levantarse una nueva construcción en Mashiaj.

Entonces debemos hacernos una pregunta: ¿cómo interpretamos el castigo, el repudio, la ira y el ardor de Dios?

Muchas veces los interpretamos desde nuestra propia experiencia. Pensamos que la ira significa falta de interés, rechazo definitivo o ausencia de amor. Podemos imaginar el juicio como algo que sucede después del pecado y luego el castigo como su consecuencia final, o pensar que, por nuestra condición, simplemente no éramos dignos de la vida eterna.

Pero cuando comenzamos a comprender estas cosas a los ojos de Cristo, nuestra manera de entenderlas cambia.

El hombre relaciona fácilmente la ira como una obra de la carne. Por eso, cuando escucha hablar de la ira de Dios, puede imaginarla como la ira humana llevada a una dimensión mayor. Pero la ira de Dios no puede ser comparada con la ira del hombre.

En Dios hay una sensibilidad perfecta frente a todo aquello que destruye su propósito en nosotros. Él percibe aquello que nosotros muchas veces no podemos percibir. Por eso su Espíritu nos lleva a clamar y gemir delante del Rey, porque Él intercede por nosotros conforme a la voluntad de Dios.

Cuando hablamos del juicio de Dios debemos comprenderlo también desde esta perspectiva. Dios sabe el daño que produce en nosotros permanecer en un corazón seco. Él sabe que una tierra endurecida no puede absorber la verdad ni producir el fruto que Él desea.

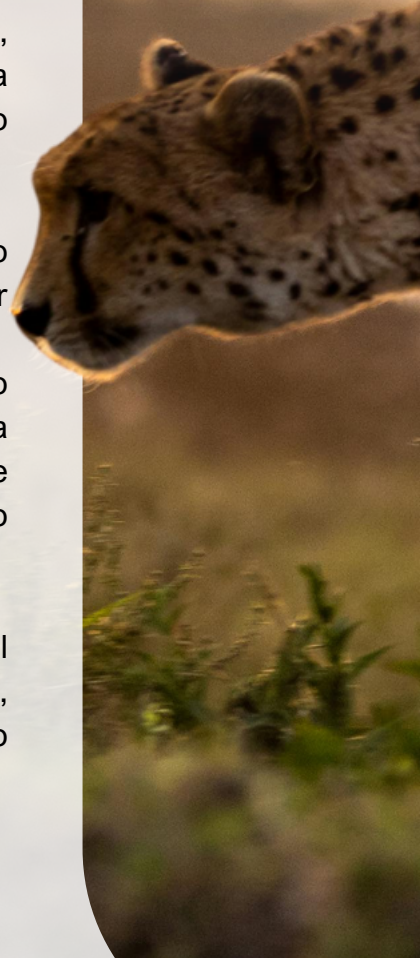
El juicio quita lo que endurece la tierra y la vuelve tratable. Derriba aquello que impide recibir la verdad y prepara el corazón para que pueda absorberla, retenerla y dar fruto.

Así, lo que desde nuestra perspectiva puede parecer solamente castigo, desde los ojos de Dios es que, ÉL no se conforma con dejarnos en una condición de maldad. Él no quiere llevarnos a la plenitud de aquello para lo cual fuimos creados.

Y cuando Dios trata nuestro corazón, no lo hace para dejarnos vacíos, sino para que aquello que Él siembra pueda encontrar una tierra capaz de recibir la verdad, crecer y finalmente dar fruto.

Dios, en su ira, en su juicio y en su repudio, nos invita a la libertad. Cuando una persona se acerca al Rey porque desea conocerlo, debe estar dispuesta a experimentar el calor de su fuego. No para ser destruida, sino para que sea eliminado todo aquello que no corresponde a Él y pueda ser rescatado aquello que verdaderamente proviene de Él.

Mientras nos acercamos al Rey, su fuego continuará obrando en nosotros. Él irá eliminando y consumiendo todo aquello que nos aleja de Él. Por eso, acercarnos a Dios no significa simplemente sentirnos más cerca de Él, sino permitir que su presencia nos trate.





El repudio de Dios tampoco puede entenderse de la misma manera que el repudio del hombre. En el hombre puede estar relacionado con enojo, molestia, fastidio o rechazo producido por una reacción de la carne. En Dios es diferente. La Escritura utiliza imágenes que nos ayudan a comprender cómo Él responde ante aquello que es contrario a su santidad. Es semejante a cuando percibimos un mal olor y naturalmente apartamos el rostro: algo en nosotros rechaza aquello que resulta incompatible con lo que podemos soportar.

Así podemos comprender, en cierta medida, el lenguaje del repudio de Dios: Él no puede hacer comunión con aquello que permanece en maldad. Su santidad no puede mezclarse con lo profano.

Y aquí encontramos algo muy importante: cuando nos hemos acercado a Dios, pero no permitimos que Él nos trate y tome el gobierno de nuestra vida, comienza una mezcla entre lo santo y lo profano. Queremos estar cerca del Rey, pero al mismo tiempo queremos conservar aquello que Él está mostrando que debe salir de nosotros.

Esa mezcla no puede sostenerse. Por eso aparecen tantas aflicciones. No porque Dios haya dejado de amarnos, sino porque estamos intentando permanecer en un lugar donde lo santo y lo profano no pueden convivir.

El juicio de Dios entonces trae a la luz aquello que estaba oculto. Lo que permanecía dentro de nosotros comienza a ser expuesto para que pueda ser tratado y removido. El Señor no revela nuestra condición para condenarnos sin esperanza, sino para llevarnos a la libertad de aquello que nos mantiene esclavos del pecado.

Esto es precisamente lo que encontramos en las palabras de Josué cuando el pueblo está delante del Señor en **Josué 24:14-19**

La verdadera libertad no consiste en que Dios deje de juzgar lo que está mal en nosotros. La verdadera libertad consiste en permitir que su juicio lo saque a la luz y que su fuego lo consuma.

El Señor nos lleva entonces a una pregunta fundamental: ¿a quién van a servir?

Deuteronomio 6:10-13

“Y será que, cuando el SEÑOR tu Dios te haya metido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que tú no plantaste; y comas y te sacies, guárdate que no te olvides del SEÑOR, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de siervos. Al SEÑOR tu Dios temerás, y a él servirás, y por su Nombre jurarás.”(JBS)

Porque aquello a lo que servimos revela aquello que gobierna nuestro corazón. cuando Dios llama no nos podemos resistir y debemos vivir el proceso del llamado para alcanzar esa escogencia de quien nos llamo.